RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Gobato, Federico

La interacción social en la comunicación contemporánea

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Gobato, F. (2013). La interacción social en la comunicación contemporánea. Revista de ciencias sociales, 5(23), 49-69. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1566

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Federico Gobato

La interacción social en la comunicación contemporánea

La tradición sociológica de análisis de la "interacción", en cualquiera de sus enfoques, ofrece un fecundo legado al investigador interesado en los fenómenos emergentes de la comunicación digital. Su vasto repertorio teórico-metodológico brinda puntos de mira diversos y atractivas opciones heurísticas, fértiles para indagar en aquellas tramas de la experiencia contemporánea donde la interacción acaece mediada por las computadoras personales, las redes que las interconectan, los teléfonos celulares y los múltiples tipos funcionales de dispositivos móviles, entre muchas otras disposiciones técnicas.

Un escollo de envergadura surge, sin embargo, al verificar que buena parte de esa tradición limita la observación de la interacción a los vínculos entre presentes, en una situación de intercambio cara a cara (*face-to-face*). En una disciplina científica signada por el "desacuerdo endémico", la remisión consecuente y consensuada a la copresencia como requisito central para el desarrollo de la actividad interaccional no deja de ser sorprendente y, a la vez, un duro desafío para las pretensiones interpretativas de investigadores e investigadoras seducidos por los procesos socioculturales relacionados con los medios y las tecnologías de la comunicación.

Tanto en las corrientes de análisis simbólico, etnometodológico o dramatúrgico, como desde la teoría de sistemas, el sentido y alcance de la noción de "interacción" está sujeto a la copresencialidad, entendida como la manifestación y percepción recíproca del cuerpo. La difusión de la comunicación a través de medios técnicos rompe con esa premisa: involucra, desde el inicio, una

revista de ciencias sociales, segunda época
N° 23, otoño de 2013, pp. 49-69

reconstrucción de la presencia en el tamiz de la distancia. ¿Es admisible que la interacción, tal como ha sido descrita, perviva aún desgarrada la situación de copresencialidad? ¿Es posible la definición de límites situacionales más allá de la percepción del otro como cuerpo? Y en un plano de presuposición teórica, ¿por qué no abandonar, sin más, la noción de interacción para formular una nueva y distinta, deudora directa de los fenómenos cuya interpretación se persigue?

En este ensayo intentaré argumentar e ilustrar la posibilidad cierta de datar la interacción por fuera de las relaciones cara a cara, algo que es posible describir, al menos, desde la invención de la escritura y que se refuerza con cada innovación técnica. No se trata simplemente de polemizar con la tradición, sino de encontrar en sus propios desarrollos, aperturas y simientes que permiten pensar la interacción en otros horizontes de realización. La perspectiva teórica básica que asumo para estos propósitos combina la teoría de los sistemas sociales de Niklas Luhmann y el análisis de la interacción y de los marcos de la experiencia de Erving Goffman, conjugada con aportes diversos de los estudios de la palabra y la comunicación.

La hipótesis de Luhmann acerca de la centralidad de la comunicación, como proceso de selección de un significado entre las posibilidades dadas por un universo plural de opciones, es el paraguas bajo el que se aglutinan el resto de las perspectivas. La comunicación es una manera de observar el mundo que solo ocurre en el sistema –polo donde se data al observador– como síntesis de tres diferentes selecciones: la selección de la *información,* la selección del *acto de dar-a-conocer* y la selección que se realiza en el acto de *comprender (o no comprender) la información y el acto de darla-a-conocer.* Si la forma básica de la comunicación reside en la distinción información/dar-a-conocer, *comprender* es el acto por el que se *realiza* la comunicación.

Así, al postular que la comunicación se realiza en el momento de su recepción, Luhmann efectiviza una reinversión crítica respecto a las ideas convencionales, toda vez que supone que la comunicación es tal, cuando provoca otra comunicación. La recursividad y reflexividad de la comunicación le dan su carácter autorrealizativo y la dotan de –la hacen contener– toda la complejidad de lo social. El concepto de comunicación, como operación característica de los sistemas sociales, se construye por oposición a la metáfora de la trasmisión, ampliamente utilizada por la teoría de medios e incluso por la cibernética, y no se configura como una noción estática, sino sujeta a los avatares del proceso evolutivo.

Elementos para una tipología y diferenciación de la interacción

Sugiere John B. Thompson que "con el desarrollo de los medios de comunicación, la interacción social se ha separado del espacio físico, lo que supone que los individuos pueden relacionarse unos con otros incluso sin compartir una ubicación espacio-temporal común. La utilización de los medios de comunicación, entonces, da lugar a nuevas formas de interacción que se extienden en el espacio (y quizá también en el tiempo), y que muestran un amplio conjunto de características que los diferencian de la interacción cara a cara" (Thompson, 1998, p. 116). La constatación de esta ampliación del campo de la interacción no debe ser reducida al efecto de los medios de comunicación desarrollados durante el siglo XX: la escritura, la imprenta y todas las formas en que la palabra se ha *tecnologizado* en el transcurso de la historia son adquisiciones evolutivas que progresivamente irritan y extienden los modos interaccionales.

La interacción cara a cara implica centralmente a la comunicación oral. Quienes, como Collins (2009, pp. 79-93), afirman que la presencia es insustituible para que la interacción se verifique, se basan en realzar tres elementos: la oralidad, los detalles extralingüísticos y la intensidad de la experiencia. "Sin presencia corporal no es fácil expresar que se participa del grupo y reafirmar la propia identidad como miembro. Sobre todo faltarían los microdetalles experienciales", afirma Collins (2009, p. 80). La focalización en la condición oral copresente restringe la potencialidad de la interacción al término temporal del encuentro. Aun cuando se considere que los eventos interaccionales se suceden, encadenan y solapan unos con otros, no hay posibilidad de observarlos –ni de que ellos mismos se observen en cuanto tales– más allá del lapso temporal y del afincamiento espacial del suceso. En la raíz de este abordaje de la interacción existe, por lo demás, la convicción de que la oralidad es la forma auténtica de la comunicación.

En la perspectiva general que aquí propongo esa convicción es, cuanto menos, discutida. La aparición de la escritura y de la imprenta hacen mella en el carácter restrictivo de la distancia y de los límites espaciales. La escritura implica un esfuerzo renovado para la comunicación, que pone de relieve la capacidad adaptativa de los sistemas de interacción.

Respecto de la oralidad, la escritura debe hacer frente a la ausencia de soportes extralingüísticos en la interacción y construir la situación sin contar con el auxilio de un contexto espacial compartido por los interlocutores; pero la escritura gana en

permanencia al fijar la comunicación en un soporte, frente a la volatilidad de la oralidad. La utilización funcional de la deixis sustenta, en la oralidad, la operación indexical. La escritura transforma la espacialidad y la referencia a través de operaciones que transfiguran, literariamente, los modos de la *participación* en la comunicación.

La inversión interpretativa del orden cronológico de la comunicación, que provee la teoría de sistemas, permite afirmar que, en cualquier caso, medie o no la copresencia, solo el acto de comprender hace emerger la comunicación. El sustrato medial que posibilita el acto de comprender, entonces, no representa una dificultad, aunque aquel debe proveer algunos arreglos específicos para seleccionar la información y conducir exitosamente su difusión. Para el caso de la escritura, por ejemplo, esta "no puede alimentar a la variedad del medioambiente, ya que está definitivamente despojada del contexto y amarrada a una rígida autodisciplina. La escritura debe ser coherente, en el sentido de que todas sus partes deben apoyarse mutuamente sin contrastes ni contradicciones porque no hay ningún contexto externo al que recurrir para resolver cualquier inconsistencia" (Esposito, 2004, p. 14, traducción propia). Toda una serie de fórmulas y organizaciones del texto cooperan para lograr este propósito de autosuficiencia, en especial, mediante recursos paratextuales. Pero, como señala Carlo Ginzburg (1994), también existe un proceso de autonomización del texto escrito respecto de la experiencia material. Se verifica una "paulatina desmaterialización del texto, progresivamente depurado de toda referencia a lo sensible: si bien la existencia de algún tipo de relación sensible es indispensable para que el texto sobreviva, el texto en sí no se identifica con su base de sustentación" (Ginzburg, 1994, p. 148). Es esta idea de la desconexión entre el relato y su fuente sensible lo que otorga al primero autonomía para presentarse como verdadero, pero también lo libra a la suerte de que el receptor haya incorporado las habilidades suficientes para afrontar el nuevo tipo de comunicación, en especial, para lidiar con la radical autonomía que el texto/libro permite (Esposito, 2004, p. 21) y que, incluso, impone a la oralidad nuevos horizontes de realización.

El contexto, la base sensible de sustentación de la comunicación, no está ausente en la producción comunicativa mediante la escritura: está inscrito en el texto, para lo que requiere toda una serie de operaciones excelsamente conscientes y coherentes. Los medios, las tecnologías de la comunicación, crean así un doble efecto paradojal por el que invisibilizan el contexto y lo traducen y, a un tiempo, se invisibilizan como sustrato medial, pero conducen el contenido de la referencia en toda su artefactualidad.

En un ejercicio de simplificación es posible diferenciar cuatro modos o tipos de la interacción, tres de ellos –en sentido estricto– al influjo de los medios técnicos. En primer lugar, la *interacción cara a cara*. Es el modo fundante; como tal, entrega las características capitales de la experiencia interaccional y, por contraste, los ribetes más espinosos y abiertos al debate analítico. Luego, las tres siguientes implican la mediación técnica, a saber: la *interacción a través de la mediación de la escritura y de la imprenta*, la *interacción a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas* y, por último, *la interacción a través de los dispositivos técnicos de la comunicación digital o virtual*.

El trasfondo de esta cuádruple distinción no está basado en el orden técnico de los sustratos mediales, sino en la forma en que condicionan la operación indexical y especifican la conformación de marcos para la interacción. A las operaciones deícticas de la oralidad y a las fórmulas literarias (textuales y paratextuales) de las que la escritura se sirve para traducir la experiencia, ha de sumarse, al menos conjeturalmente, lo siguiente: para los medios de comunicación de masas, las nociones de "simultaneidad desespacializada" (Thompson, 1998, pp. 53 y ss.) y de "oralidad secundaria" (Ong, 1987) que permiten recomponer los modos en que la interacción se activa a través de estos medios técnicos. Para las tecnologías digitales contemporáneas es preciso explorar los alcances de una serie de ideas, algunas con larga tradición en la teoría de la comunicación y, otras, de algún grado de novedad: la "interactividad", las transformaciones que habilitan observar la experiencia de la deslocalización y la ubicuidad, y el abigarrado palimpsesto de géneros y soportes de que se sirve (y que ofrece) la comunicación digital.

No abundaré en detalles sobre *la interacción cara a cara* por dos razones: la primera, es que se trata del tipo interaccional más trabajado y conocido de la teoría sociológica, nutrido además en los desarrollos de otras disciplinas como la antropología y la lingüística. La segunda es que iré recuperando sus características cardinales en las descripciones del resto de los tipos. Sin embargo, es preciso puntualizar algunas cuestiones acerca del carácter ritual del proceso interaccional que dan cuenta de su raigambre explícitamente comunicativa.

La ritualización estabiliza y enmarca la experiencia, consagrando a los participantes en tanto estos resguardan su respeto a las fórmulas comunicacionales. El ritual es cuestión de enmarcamiento y, también, de repetición formulaica, algo que no va en desmedro de su autenticidad. Por el contrario, mediante la complexión al artificio comunicativo compartido, asegura la continuidad ante

el fracaso o la denegación. El ritual no es cuestión de hechos, sino de comunicación. "Los hechos –apunta Goffman– pertenecen al mundo del escolar; por medio de un esfuerzo diligente se los puede alterar, pero no es posible evitarlos. Pero aquello que la persona defiende y protege, y en lo cual invierte sus sentimientos, es una idea acerca de sí mismo, y las ideas son vulnerables, no a los hechos y a las cosas, sino a las comunicaciones. Las comunicaciones pertenecen a un esquema menos punitivo que los hechos, pues pueden ser eludidas, es posible retirarse de ellas, no creer en ellas, confundirlas convenientemente y trasmitirlas con tacto" (1970, p. 45).

Los rituales de interacción preservan, a un tiempo, el "sí mismo" y el orden interaccional, organizándolos en rededor de un foco simbólico común de emoción y atención que crea una realidad temporalmente compartida (Collins, 2009, pp. 21 y ss.). En consonancia con la caracterización luhmanniana de los sistemas sociales, para Goffman el orden ritual también posee un componente adaptativo.[1] Es por esta razón y porque crea referencias simbólicas recíprocas, que la rutina del ritual no puede entenderse en un sentido estático, sino dinámico.

Según Randall Collins, el enfoque goffmaniano de los rituales de interacción puede sintetizarse en cinco criterios determinantes para su estudio (Collins, 2009, pp. 42-45), algunos de las cuales se han revisado aquí: 1) la interacción, en tanto ritual, acaece en las condiciones de copresencia situacional; 2) sin embargo, por sí sola la copresencia no asegura el encuentro ritual. Para que esto suceda, es preciso un proceso de interacción enfocada, aunque dicho foco de atención en común pueda ser variable en su intensidad y obligación. Se trata de definir la situación o, en términos sistémicos, de asegurar la demarcación de los límites del sistema; 3) el ritual de interacción ejerce presión sobre los participantes, en especial, para mantener o recrear la solidaridad. Dicho en modo sistémico, se trata del mecanismo interaccional de autocontrol de la comunicación; 4) hay un componente de *sacralidad*, que el ritual crea, renueva y actualiza cada vez; 5) esa sacralidad, autoevidente en los esfuerzos de preservación de la cara y en la complexión a la etiqueta, no está garantizada.

Hay, por lo demás, un elemento destacado por Collins en su defensa de la copresencialidad como único entorno posible de la interacción, que no puede ser soslayado: se trata de lo que él llama la "intensidad" de la experiencia interaccional. Para Collins el ritual de interacción es exitoso y eficaz en tanto alcance altos grados de intensidad y esta posibilidad se correlaciona directamente con el efecto de la presencia corporal: "La presencia corpórea facilita que los humanos copresentes capten sus respectivas

[1] "El orden ritual parece estar organizado, en lo fundamental, según líneas de adaptación, de modo que las imágenes usadas para pensar en otros tipos de orden social no son del todo adecuadas para él" (Goffman, 1970, p. 44).

señales y expresiones corporales; que compartan igual ritmo y se abismen en movimientos y emociones recíprocos; que signifiquen y corroboren su coincidente foco de atención y, por tanto, la existencia de un estado de intersubjetividad. La mutua sintonización de los sistemas nerviosos humanos es la clave [...]. Si fuere posible teleacoplar directamente sistemas nerviosos, el efecto sería el mismo que en situación de copresencia corpórea" (Collins, 2009, pp. 92-93). Como se aprecia, en su visión hay un fundamento físico –incluso biológico– de la interacción, cuya traducción medial es improbable. El punto es, sin duda, un desafío para la proposición de los cuatros tipos de interacción que aquí se sostiene. En el examen de los tres restantes se podrá observar, confío, cómo la mediación técnica afronta el problema de la intensidad y cómo lo reconfigura.

La *interacción a través de la escritura y de la imprenta* ha sido largamente estudiada, desde diversas perspectivas disciplinares y puntos de vista teóricos. Algunas de sus características especiales –por contraposición a la oralidad– ya han sido esbozadas. Es oportuno completar esas precisiones auscultando una interesante sugerencia de Walter Ong: "Toda audiencia es una ficción", afirma el jesuita, para refrendar el papel del esfuerzo comunicativo por construir el vínculo interaccional a través del medio técnico. Esto significa, al menos, dos cuestiones: "Primero, el escritor debe construir imaginariamente, con claridad o vagamente, una audiencia a la que le asigne algún tipo de rol. [...] Luego, la audiencia debe corresponderle ficcionalizándose ella misma. Un lector ha de desempeñar el papel que el autor le ha asignado, algo que rara vez coincide con el rol que desempeña en su vida real" (Ong, 1977, pp. 60-61, traducción propia).

En este juego de imaginación doblemente referida estriba buena parte de las fórmulas literarias que recrean y traducen el vínculo interaccional, más allá de la sujeción de tiempo y espacio. Complementariamente, es improbable la comprensión de un texto si el lector solo se aferra a sus condiciones circundantes, es preciso que comprenda también la "organización textual de la experiencia". Pero el texto y su lectura no excluyen definitivamente el contexto de recepción dado que desde allí también se amplían las posibilidades de interpretación y la producción renovada de la comunicación.

La imprenta –y con ella, la paulatina difusión ampliada de la literatura, en todas sus formas– es la adquisición evolutiva que excluyó la interacción entre presentes "ya que multiplicó el acervo de materiales escritos con tal fuerza, que hizo que los efectos producidos por *todos* los participantes ya no fueran ni efectivos ni

visibles. [...] El *quantum* de la presencia puede ser interpretado y descrito, pero no puede establecer comunicación con los presentes. Evidentemente, la comunicación oral permanece como reacción a la comunicación impresa o emitida, sin embargo, *el éxito de la comunicación planificada ya no depende de ella*" (Luhmann, 2000, pp. 23-24, las cursivas proceden del texto original). La imprenta contribuye, además, a la comunicación proveyendo su conservación material y su inalterabilidad tipográfica (Eisenstein, 1994, pp. 83 y ss.), lo que permite el despliegue de una amplia dinámica de recursividad entre los participantes y la posibilidad de múltiples interpretaciones: en general con la escritura, pero en especial con la imprenta, la comunicación –como bien apunta Esposito (2004, pp. 13 y ss.)– no cambia ella misma, pero permite su continua interpretación y reinterpretación, abriendo el horizonte de posibilidades a la contingencia e, incluso, a la emergencia de nuevas formas de contingencia.

Una cuestión más debe ser puntualizada respecto de la radical novedad que entrañan la escritura y la imprenta para las dinámicas comunicacionales y, en consecuencia, para la interacción: la inscripción de la palabra en el espacio modifica las modalidades de la percepción y especifica los significados, precisándolos mediante su remisión visual al texto escrito. Así, "aunque las palabras están fundadas en el habla oral, la escritura las encierra tiránicamente para siempre en un campo visual [...]. Una persona que ha aprendido a leer no puede recuperar plenamente el sentido de lo que la palabra significa para la gente que solo se comunica de manera oral" (Ong, 1987, p. 21). Las palabras pierden la futilidad que les otorgaba el medio oral, su dependencia de las indicaciones contextuales y se materializan ahora en el papel. Allí también, por exigencia del medio, se les asigna una etimología precisa y juegan protegidas por el cerco de la normatividad gramática. Adquieren materialidad, porque "la escritura hace que las 'palabras' parezcan semejantes a las cosas porque concebimos las palabras como marcas visibles que señalan las palabras a los decodificadores: podemos ver y tocar tales 'palabras' inscritas en textos y libros" (Ong, 1987, p. 20). Así, la escritura crea un orden de realidad distinto a la realidad copresente pero acoplado a ella.

Tras otros objetivos, pero bajo consideraciones análogas sobre los efectos de los sustratos mediales de la comunicación, Thompson (1998, pp. 116 y ss.) distingue además de la copresente, dos tipos de interacción: la "interacción mediática" y la "cuasi interacción mediática". De algún modo, sus precisiones se solapan en parte con lo que aquí he propuesto como *interacción a través de la mediación de la escritura y de la imprenta* y, en parte, con la *interacción*

a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas. Como sea, es oportuno describirlas sucintamente dado que una serie de sus elementos pueden reconsiderarse para los tipos de interacción que he propuesto.

La "interacción mediática" "implica el uso de medios técnicos (papel, cables eléctricos, ondas electromagnéticas, etc.) que permiten transmitir información o contenido simbólico a individuos que están en lugares distantes, alejados en el tiempo o ambos casos" (1998, p. 117). Es oportuno advertir que la "interacción mediática" de Thompson no refiere, directamente, al tipo de intercambio interaccional que se ha determinado para el caso del texto impreso y que, en la perspectiva de este estudio, involucra centralmente a las operaciones literarias. Así, las conversaciones epistolares o telefónicas, dispersas en el tiempo y en el espacio, implican una operación interactiva como la que se pondrá de relieve para la *interacción a través de la comunicación digital o virtual*. Es claro que se sirven de medios técnicos no *digitales*, pero sus características y efectos preanuncian, aunque con alcances diferentes, el tipo de articulación interaccional propio de la comunicación contemporánea. De cualquier modo, se refrenda así la proposición de que la distinción de las formas interaccionales aquí propuesta no tiene fundamento técnico, sino operativo.

El caso de la "cuasi interacción mediática" guarda, también, una relación de solapamiento con los tipos de interacción mediada por tecnología que aquí se han descripto. Supone, también, el desprendimiento de la sujeción espacio-temporal. "Es 'interacción' –explica Thompson– porque implica individuos que se comunican con otros, quienes a su vez responden de ciertas maneras, y que pueden formar lazos de amistad, afecto o lealtad con ellos. Pero es *cuasi* interacción en la medida en que el flujo de comunicación es predominantemente unidireccional y los modos de respuesta a través de los cuales los receptores pueden comunicarse con el principal comunicador son estrictamente limitados" (2002, p. 332).

Hay un punto, sin embargo, que focaliza la diferencia entre la interacción de la lectura y la de los medios electrónicos de masas, inspirando la necesidad de distinguirlos: se trata de la clara percepción de la distancia espacial y de la simultaneidad temporal que operan los segundos. Al extenderme sobre esta cuestión se verán puntualizados los aspectos centrales del tercer tipo de interacción –la que ocurre *a través de los medios electrónicos de comunicación de masas*– que conforma la tipología que aquí se propone.

En efecto, es el mismo Thompson (1998) quien proporciona una noción para la evaluación analítica de este aspecto: la idea de

"simultaneidad despacializada". La telecomunicación hace emerger la experiencia de la disociación entre espacio y tiempo, en el marco de la interacción. En otras palabras, el distanciamiento espacial se intensifica, mientras los retrasos temporales se vuelven cada vez más imperceptibles. Así, "la experiencia de la simultaneidad se separó de la condición espacial de un lugar común. Fue posible experimentar acontecimientos de manera simultánea a pesar del hecho de que sucediesen en lugares espacialmente lejanos. En contraste con la exactitud del aquí y el ahora, surgió un sentido del 'ahora' que nada tiene que ver con el hecho de estar ubicado en un lugar concreto" (Thompson, 1998, p. 53).

La contrariedad, para la posibilidad de continuidad de la interacción, es establecer cómo se adecua esta remisión de la observación a los medios electrónicos de comunicación de masas, con los motivos, focos de atención y respuestas individuales. Luhmann propone que la estructura de esta adecuación –en los términos de este trabajo, lo que permite seguir pensando la interacción del lado del individuo– es la "interpenetración", es decir, "la posibilidad de hacer justicia en la comunicación social, a la conformación de la conciencia individual. En todos los casos, la solución del problema toma la forma de paradoja: los individuos, al tomar parte de la comunicación, se individualizan, y se desindividualizan; se uniforman y se ficcionalizan, para que la comunicación pueda proseguir en referencia a los individuos" (Luhmann, 2000, p. 107-108). Esta dinámica ocurre, operativamente, a través de la producción medial de estandarizaciones elegibles. A partir de ese menú, el individuo podrá especificar y seleccionar el sentido de su participación en la comunicación –o, por supuesto, de su rechazo (Luhmann, 2000, pp. 108 y ss.). Tal como, de un modo análogo, también sucede en la comunicación escrita mediante la autoficcionalización de la audiencia que describe Ong.

Es preciso insistir, una vez más, que la tipología de la interacción que aquí se propone no está fundada ni el tipo de los sustratos mediales, ni el orden cronológico de aparición de estos. Como ha quedado explicitado, algunos aspectos característicos de cada tipo se traslapan, lo mismo que parte de las operaciones que los distinguen. Este proceso de solapamiento no es fortuito: la tipología propuesta puede verse como un especial proceso de diferenciación, donde sus distinciones propias alcanzan un grado de complejidad inaudito, merced a su recursividad. Para el caso de la *interacción a través de la mediación de los medios electrónicos de comunicación de masas*, la tesis de la "oralidad secundaria" propuesta por Ong es altamente ilustrativa de este proceso, pues contiene remisiones y reintroducciones de las características de las tecnologías de la

comunicación precedentes, como la escritura, la tipografía y, por supuesto, la misma oralidad.

La "era de la oralidad secundaria" implica, mediante la transformación electrónica de la expresión verbal, un grado mayor de sometimiento de la palabra al espacio: un proceso iniciado por la escritura y profundizado por la imprenta. "Esta nueva oralidad –explica Ong– posee asombrosas similitudes con la antigua en cuanto a su mística de la participación, su insistencia en un sentido comunitario, su concentración en el momento presente, e incluso su empleo de fórmulas. [2] Pero en esencia se trata de una oralidad más deliberada y formal, basada permanentemente en el uso de la escritura y del material impreso" (1987, p. 134).

En este sentido, la "oralidad secundaria", como materialización operativa de la dinámica comunicacional de los medios electrónicos de masas, implican una doble reintroducción: de la escritura y de la oralidad. Como adquisición evolutiva, los medios de comunicación de masas dotan a la interacción de su potencialidad intrínseca, en tanto recuperan y reelaboran la potencialidad de los medios técnicos precedentes.

Mediante esas reintroducciones y reelaboraciones, se redefinen también los límites de los sistemas de interacción recreando el sentido de grupo, valorizando la espontaneidad y, a un mismo tiempo, las formalidades del cuidado de la etiqueta. La búsqueda de la organización grupal actualiza el interés por lo social, tal como en la oralidad primaria, pero ahora como efecto de haber atravesado el tiempo de la mediación de la escritura: "A diferencia de los miembros de una cultura oral primaria, que tienden hacia lo externo porque han tenido poca oportunidad de practicar la introspección, nosotros tendemos hacia lo externo porque hemos buscado el interior" (Ong, 1987, p. 135).

En las últimas dos décadas se asiste a la introducción ampliada de nuevos sustratos mediales y medios técnicos: la computadora, los dispositivos móviles, los objetos virtuales que posibilitan la articulación en red de las computadoras y una pluralidad con la que difícilmente se pueda construir un catálogo exhaustivo. He reservado para ellos una etiqueta: "interfaces artefactuales"[3] de la comunicación digital o virtual –o, en forma más amplia, pero menos específica, "contemporánea".

La presunción es que los sistemas de interacción organizados por esta mediación vinculan su operación y continuidad a tres elementos característicos de la comunicación contemporánea: a la producción de un entramado témporo-espacial original, marcado por la deslocalización y la ubicuidad de los logros interaccionales que es deudor, y a la vez se diferencia, de la noción de "simultanei-

[2] Huelga aquí, dado que son evidentes, trazar los paralelos con las características de la interacción cara a cara. Valga también como somera, pero peculiarmente sólida, respuesta a las desconfianzas de Collins sobre la intensidad interaccional que logran, en el intercambio comunicacional, los mediaciones técnicas.

[3] La definición de esta noción es motivo de investigación y conceptualización en otro trabajo (en prensa), donde realizo aproximaciones desde la filosofía, la sociología, la comunicación, la antropología y la semiótica. En un entramado complejo para definirla se vinculan diversos conceptos e hipótesis interpretativas: una lista preliminar, solo a modo meramente indicativo, la constituyen las nociones de "objeto social" (Ferraris, 2008), "soporte técnico" (Stiegler, 2003a, 2003b, 2004), "artefacto técnico" (Broncano, 2009), "interactividad" (Esposito, 2001; Rafaeli, 1988; Kiousis, 2002) e "interfaz" (Esposito, 2001; Scolari, 2004).

dad despacializada"; a la emergencia de un género comunicativo específico que se configura como una amalgama recursiva de oralidad, escritura y medios audiovisuales; y, por último, a una específica materialización medial de las alternativas comunicacionales: la "interactividad".

Antes que nada, es preciso apuntar que la "interactividad" no es exclusiva de las "interfaces artefactuales". En ellas, sin embargo, amplía su campo de posibilidades, permitiendo la emergencia de un tipo de interacción que parece integrar a todos los tipos anteriores. Al integrarlos, en una operación convergente y de remediación, no los hace sucumbir, sino que los redefine otorgándoles la posibilidad de nuevas autodescripciones: como la escritura con la oralidad, los medios electrónicos masivos con la literatura *y así sigue (seguirá…)*.[4] He reservado el próximo apartado para una exploración del orden semántico de estas reintroducciones y un breve análisis de la noción de "interactividad", que configuran en forma nodal a la *interacción a través de las mediaciones de la comunicación digital o virtual*.

Una versión de la interacción al tamiz de la interactividad

Intento escapar a la tentación de poner a prueba los elementos constitutivos de la interacción copresencial trasvasados al tipo de intercambios que tienen lugar en la trama de "interfaces artefactuales" que posibilita la comunicación digital. En la formulación de este principio emerge por sí misma la conjetura que performa estos afanes, tanto como las trasmutaciones a las que debe hacer frente. Por un lado, se sostiene que hay interacción más allá de la copresencia: en las situaciones mediadas por la tecnología de la comunicación se crean y siguen rituales, se verifica una comprensión común que refiere a un cúmulo de conocimientos compartidos, se actúa para preservar la "cara" y se confía en que *así sigue*. Pero, por otro lado, es evidente cierta ambivalencia: se trata de la *misma* interacción, pero que es *otra*. Es la *misma* en tanto supone la continuidad operativa de un conjunto de observaciones clave; y es –especial y precisamente– *otra* porque una serie de adquisiciones evolutivas articulan de modo diferencial los procesos y contenidos de definición de la situación interaccional, al tiempo que reconfiguran los objetos de referencia.

Es la *misma* porque las "interfaces artefactuales" no son algo distinto del actor y en tanto se las considera así, al modo de prótesis ampliativas o culturales (Broncato, 2009), todo lo que comunican

[4] Acerca de la permanencia de la escritura y lo impreso en la comunicación de los medios electrónicos y de la dinámica de solapamiento y recurrencia entre los nuevos y los anteriores modos de las tecnologías de la palabra, véase Ong (1967, pp. 89 y ss.).

no es otra cosa que el propio individuo. Como afirma Broncano, es posible considerar que "en un sentido muy particular, los propios individuos sean en parte 'artefactos'. Este estatus explica que puedan desarrollar capacidades que biológicamente no habrían alcanzado, como el lenguaje y la capacidad comunicativa, la capacidad de diseño técnico, la capacidad de pensamiento conceptual y otras tantas propias de la especie humana" (2009, p. 51). No hay ausencia en la relación interaccional que acontece entre distantes protésicamente comunicados o enlazados.

Es *otra* dado que los objetos que materializan a las "interfaces artefactuales", al tiempo que conducen la comunicación, disciplinan y constriñen al cuerpo. En la operación de conducción emergen formas nuevas para el procesamiento de la información y para el proceso de darla a conocer. La comunicación asume modos diferentes, signados por los alcances precisos de la técnica. El cuerpo, compelido por las formas de los artefactos técnicos, asume maneras especiales de realizar el acto de comprender y de presentarlo. Emergen modos de saber y de comunicar inéditos, fruto tanto de reinscribir y resignificar los ya conocidos, como de la creatividad a que, en ocasiones, compele la novedad. Es una relación dialéctica que vincula al *quien* y al *qué* de la comunicación interaccional con todo el conjunto complejo a lo que esto remite: al menos, la vinculación entre el pasado y el futuro y la propia relación entre el tiempo y el espacio. Estas alteraciones, sin embargo, no son exclusivas de las tecnologías comunicacionales contemporáneas, pero alcanzan a través de ellas particularidades que definen un orden comunicacional diferente.

El tratamiento del tiempo y de la novedad implica un punto de diferenciación entre los modos anteriores de la comunicación, especialmente la comunicación masiva, y la comunicación digital, aunque en ambas –y en forma constante e incremental desde la introducción de la escritura– la temporalidad se especifica en su vínculo con el tratamiento de otro aspecto crítico: el espacio. La particularidad de ese enlace está dada, paradojalmente, por la desconexión espacio-temporal del proceso comunicativo. Esta bifurcación del espacio y el tiempo admite formas diferentes según el tipo técnico de la mediación: en la escritura y en especial en lo impreso, ambos están diferidos, tanto para el productor/emisor como para el receptor. En los medios electrónicos de comunicación masiva, la "simultaneidad despacializada" muestra cómo se difiere el espacio y se contrae el tiempo. En la comunicación digital asistimos a la reintroducción de la coincidencia espacio-temporal, en particular evidenciada en los procesos interaccionales, dado que admite, al menos, dos significados para la interacción: la interacción entre el

individuo y la máquina y la interacción entre individuos, mediada por la "interfaz artefactual". Esta dualidad permite y a la vez complejiza la reintroducción de la simultaneidad.

En la comunicación digital hay una espacialidad específica y original: lo virtual es en sí mismo un escenario –quizá denote, como ningún otro espacio social, la raigambre dramatúrgica de la idea de escenario, con sus regiones anteriores y posteriores, con su proscenio y su platea. Implica además una actualización específica de la relación entre *superficie* y *profundidad*, entre *lo visible* y *lo invisible*: el sujeto opera la comunicación sobre una superficie, que es puerta de entrada para un procesamiento y devolución de la información que se realiza en lo profundo e inaccesible de la máquina que procesa y computa.

El espacio de despliegue donde se opera la comunicación (para decirlo sin más: la pantalla) es el escenario común de los interlocutores mediados por las "interfaces artefactuales". Si la "simultaneidad despacializada" de los medios de masas creaba una percepción del "ahora" no atada al tiempo y un ámbito desligado del espacio que se nomina "global", la comunicación digital relocaliza la despacialización mediante la noción de *ubicuidad* y recrea el tiempo de modos imprevistos. Redescribiendo la diferencia espacio-temporal, deconstruye también la ruptura entre producción y recepción: no solo porque la respuesta ahora puede ser inmediata, también porque el receptor funge en productor. Las tecnologías comunicacionales contemporáneas no son máquinas triviales. Por ellas mismas, permiten el procesamiento de la información; por su articulación en red, abren canales para su difusión ampliada. En los intersticios de los flujos de comunicación, una curiosa hibridez entre la complejidad cultural tecnológica y una recidiva artesanal (Cafassi, 1998) aumenta las fuentes de irritación de la comunicación, incorporando ahora al actor individual en la construcción mediada de la realidad social.

La comunicación digital se caracteriza por su organización en red, una idea que es plétora de remisiones a la recursividad, a la difuminación de las jerarquías y a la condición de reciprocidad ampliada. Son incontables las aperturas que el modelo de la red provee para la comunicación –en un sentido estricto, para la intensificación de su improbabilidad– y, específicamente, para la interacción –en un sentido amplio, para la diversificación de su posibilidad–. En el orden de su reciprocidad ampliada puede considerarse la ya enunciada probabilidad de reunificación, claro que no absoluta, de las instancias de producción y recepción. Es oportuno advertir, con todo, que la distancia continuará siendo un nomenclador de esas interacciones: la comunicación mediadas por las "interfaces artefac-

tuales" contemporáneas es "intensa y de breve duración. Las comunicaciones rompen con la narración en beneficio de la brevedad del mensaje [...]. Las comunicaciones no refieren a la cultura en proximidad, sino *a distancia* [que] implica la procedencia distante de la comunicación. [...] Sus principios rectores son la intensidad, la brevedad y la ausencia de continuidad narrativa" (Lash, 2005, p. 342).[5]

La metáfora de la red, con sus posibilidades para la reintroducción de la inmediatez en la interacción mediada, permite reconsiderar la caracterización de la realidad construida por la comunicación y que, en los medios de masas, se revelaba doble: construcción de sus operaciones y construcción de su versado interpretativo del mundo. Para el interés inmediato, vale reconsiderar el estatus del sustrato maquinal o artefactual que condiciona la realización de sus operaciones. Propongo perseguir esta idea bajo la tesis de una reintroducción del aparato técnico en la comunicación, ahora ya no como externalidad posibilitante, sino como condición interna y participante: en esto ha de reconocerse una especificidad de las "interfaces artefactuales" contemporáneas consideradas como prótesis ampliativas. El supuesto tras esta remisión a la técnica, tras buena parte de las especificidades que se han denotado para la comunicación digital y en especial tras todo *atrevimiento especulativo* sobre las "interfaces artefactuales", es la "interactividad".

La noción de "interactividad" es un concepto en disputa. La controversia gira en torno a su definición y composición teórica, tanto como a su alcance empírico. En especial en el campo de la teoría y de los estudios de la comunicación, ha suscitado un largo e intenso debate; pero también se recurre a ella en otras arenas disciplinares como la informática y el diseño. La idea de "interactividad" es una categoría de encrucijada, que solapa perspectivas teoréticas, referencias empíricas y campos disciplinares, lo que se evidencia en las múltiples respuestas a una interrogante inicial: la que inquiere acerca del lugar donde reside o se despliega la "interactividad". Aquí no trataré de dar cuenta de una posible resolución del problema conceptual que arrastra la noción, ni tan siquiera se intentará zanjar la pregunta por su *locus*, algo que extravía la potencialidad heurística de la noción en el derrotero de una voluta sin fin. Antes que eso, intentaré capturar peculiaridades e indicios que permitan narrar las formas en que la "interactividad" participa en la comunicación y en el juego interaccional mediado por las "interfaces artefactuales" de la comunicación digital.

Un acuerdo general radica en el hecho, de un lado, de vincularla con las tecnologías digitales; de otro, de señalar con ella la existencia de, al menos, un grado de reciprocidad entre los par-

[5] Y agrega, acto seguido: "La comunicación, y acaso ya no el 'acto social', es la unidad contemporánea de análisis".

ticipantes de la comunicación mediada *y* la idea, más difusa, del papel activo del receptor. Esto último evidencia cierta dependencia con los regímenes comunicacionales previos, en el sentido de que la "interactividad" se define por su diferencia comparativa y no por las operaciones que crea, permite o actualiza por sí misma.

La exploración de esas diferencias en la definición de la noción pueden organizarse mediante una triple distinción en lo que propongo denominar *modos* de la "interactividad":[6] 1) el modo de la interactividad como propiedad de los artefactos técnicos; 2) el modo de la interactividad como organización de la relacionalidad comunicacional, en dos variantes: entre el individuo (usuario) y el artefacto, y entre individuos (uno a uno, uno a muchos, o muchos a muchos); y 3) el modo de la interactividad como experiencia subjetiva, especialmente ligada a la percepción y la actividad del individuo (usuario).

Estos *modos* indican la organización de recursos abiertos a otras *modalizaciones* y, también, la existencia de vínculos traslapados entre ellas. En este sentido, es posible recuperar dos definiciones de la "interactividad" que, cada una con sus énfasis, vinculan estas modalizaciones y las sintetizan. Para Spiro Kiousis, la "interactividad" puede concebirse

> [...] como el grado en el que una tecnología de comunicación puede crear un entorno mediado en el que los participantes pueden comunicarse (uno-a-uno, uno-a-muchos y muchos-a-muchos), de forma sincrónica y asincrónica, y participar en intercambios de mensajes recíprocos (*third-order dependency*). Con respecto a los usuarios humanos, además refiere a la capacidad de percibir la experiencia como una simulación de la comunicación interpersonal y aumentar su conocimiento en la telepresencia (2002, p. 372, traducción propia).

Por su parte, para Russell Richards

> la interactividad es una funcionalidad contextual que media entre entornos, contenidos y usuarios, y permite la *creación* de contenidos adicionales. Se trata de un proceso dinámico e interrelacionado. Los modos interactivos ponen a disposición contextos cualitativamente diferentes respecto de los tipos de entornos, contenidos y posiciones (Bourdieu) ocupadas por el usuario (2006, p. 532; las cursivas proceden del texto original).

La "interactividad" en red admite la comunicación de la presencia en múltiples espacios: en los definidos de manera sensible (tra-

[6] La tríada, en parte, surge de reformular y reconstruir las distinciones interpretativas que realizan varios investigadores en sus análisis de la historia del concepto. Véanse, entre otros, Kiousis (2002), Richards (2006), Bucy (2004), Stromer-Galley (2004).

dicional) y en los configurados por la virtualidad. Trabajando en la superficie de la interfaz, merced a las operaciones conmutadas por el artefacto invisible, el individuo crea vínculos traslapados de comunicación e interacción: atraviesa el tiempo instantáneamente, produce la ubicuidad de su presencia. Pero lo hace, por cierto, desde su contexto y ambiente presencial, generando así ambientes traslapados de experiencia presencial y virtual.

Un indicio para ilustrar esta cuestión es la sugerencia de Goffman acerca de la "experiencia vicaria" que conceden los medios de masas. Se trata de una solución para que los interactuantes mantengan el carácter alto –esto es, para que sostengan expresiva y cognitivamente la autocomprensión de su fachada–, sin arriesgar el cuidado de la cara. Las experiencias vicarias "describen juegos de azar prácticos, competiciones de carácter y acción seria. Todo esto puede implicar una ficción, una biografía o la visión de la actividad fatal desarrollada en ese momento por algún otro. Pero en apariencia siempre se presenta el mismo catálogo muerto de exhibiciones vivas. En todas partes se nos proporciona la oportunidad de identificarnos con personas reales o ficticias dedicadas a actividades fatales de diversas clases, y de participar en esas situaciones de forma vicaria" (Goffman, 1970, pp. 230-231). La interacción mediante la "interactividad" es solo en parte una experiencia vicaria, dado que en gran medida se realiza desde los mundos protegidos de la intimidad. Pero en tanto a través de ella el sujeto se da a conocer, se presenta a otros y selecciona comunicaciones de forma pública, el catálogo adquiere vida y ya no da cuenta de todas las exhibiciones vivas posibles, sino que se expone a la contingencia y a la imprevisibilidad.

Las interfaces artefactuales reintroducen en la interacción mediada, las propiedades de la interacción cara a cara. Recupera los géneros de la oralidad, pero ahora en claro acoplamiento con los modos de la comunicación masiva. Se trata de la "convergencia entre la comunicación uno-a-uno (como el teléfono, pero obviamente sobre todo como el diálogo entre presentes) y uno-a-todos, es decir la comunicación de masas, y esto principalmente porque se ha creado un nuevo '*partner* comunicativo' (la terminal de computadora), que es capaz de asumir tanto un papel reactivo como de consulta" (Esposito, 2001, p. 189, traducción propia).

En tanto estas recuperaciones se articulan de un modo dado por las posibilidades operativas de la computadora en tanto dispositivo interactivo, este tipo de interacción asume un particular sentido de intensidad. Como en toda comunicación, los géneros permiten establecer estilísticamente diferenciaciones internas para producir nuevas irritaciones. La "interactividad", con sus funcionalidades

exigidas de autoevidencia y con la producción comunicacional de palimpsestos expresivos que permite, crea nuevas perspectivas para construir disonancias: aumenta, así, el flujo y reflujo de la comunicación sistémica. Invisibiliza el medio, permite no darlo por supuesto y, con ello, refunda la intensidad, no ya la de los rituales copresenciales, sino la de las interacciones virtuales. El desliz de Collins en sus objeciones sobre la falta de intensidad de las interacciones mediadas es presuponer que aquella es una propiedad de la interacción: como se sabe con McLuhan, la intensidad es un problema del medio donde se realiza el proceso y procede de la distinción entre "medios fríos" y "medios calientes" (McLuhan, 1969, pp. 46-67).

Por último, debe destacarse que la "interactividad" de las interfaces artefactuales no representan solamente una herramienta para la interacción ampliada, instantánea y ubicua, sino también una oportunidad para el repliegue sobre la subjetividad –y con esto, la emergencia de nuevas observaciones. Como explicita Rafaeli: "Tanto los propios medios de comunicación como la experiencia de la exposición a la comunicación de masas han sido descriptos como 'una ventana al mundo' [...]. ¿La presencia de disposiciones interactivas en algunos medios de comunicación convertirá esta proverbial ventana también en un espejo? A través de la interactividad, el uso de los medios de comunicación puede ofrecer oportunidades para la introspección y no solo de inspección del mundo" (1988, p. 129).

Aperturas

Contar con una noción apropiada de los procesos interaccionales que ocurren bajo las condiciones de la comunicación contemporánea –tarea a la que intento contribuir aquí, al menos mostrando caminos para ese debate– es una condición sustantiva para el propósito de observar la operación de unas tecnologías de la comunicación específicas, las interfaces artefactuales, en su acoplamiento problemático con toda la serie de modalidades metódicas para la mediación, estabilización y dinamización de la experiencia social.

En efecto, conjeturo que los procesos socioculturales de la comunicación contemporánea tienen ocurrencia y pueden observarse principalmente en el marco de operación de los sistemas de interacción. Y, para esto, es precisa la recuperación crítica del propio estatus teorético del problema de la interacción: al diferenciar la interacción en una tipología que la libera del corsé de la copresen-

cia, puntualizando los sucesivos cambios y transformaciones en el dispositivo de métodos con los que los actores producen y mantienen un orden interaccional, he intentado mostrar el carácter histórico y contextual de la interacción y de sus elementos constitutivos.

La indexicalidad, por caso, no es una operación cerrada sobre sí, sino que está abierta a permutaciones operativas que devienen de los sustratos mediales de los que la comunicación se sirve para emerger. El examen de los distintos modos de la comunicación en los sistemas y rituales de interacción configura una descripción teórica de ese proceso de transformación. Cuando la atención se posa sobre las alternativas que se expanden bajo la operación de la interactividad, como propiedad de la interacción mediada por las interfaces artefactuales, podremos describir los modos en que el dispositivo etnometodológico de los actores se acopla, se disloca, se resignifica e innova.

Bajo el signo de estas transformaciones y de las características propias de la comunicación digital se crean las semánticas que hacen posible la emergencia de la comunicación en procesos interaccionales deslocalizados: la indexicalidad interactiva permite logros prácticos ubicuos, asegurados por marcos de experiencia cuya construcción es azuzada por un tipo de especial de tecnología de la comunicación. En el género de la comunicación contemporánea convergen la oralidad, la escritura y los medios masivos para dar cauce a géneros expresivos originales, fundados en tal concurrencia de tecnologías comunicacionales. Los géneros construyen la realidad, en este caso, la de los contextos y mundos traslapados que permite la comunicación digital y donde la *interacción* encuentra un nuevo horizonte de realización.

Bibliografía

Broncano, F. (2009), *La melancolía del ciborg,* Barcelona, Herder.

Bucy, E. (2004), "Interactivity in Society: Locating an Elusive Concept", *The Information Society*, vol. 20, Nº 5, Taylor & Francis Inc.

Cafassi, E. (1998), "En los umbrales", en Cafassi, E. (comp.), *Lazos virtuales,* Buenos Aires, Biblos.

Collins, R. (2009), *Cadenas de rituales de interacción,* Barcelona, Anthropos; México, Universidad Autónoma Metropolitana; México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Eisenstein, E. (1994), *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea,* Madrid, Akal.

Esposito, E. (2001), *La memoria sociale. Mezzi per comunicare e modi di dimenticare,* Roma-Bari, Laterza.

—— (2004), "The Arts of Contingency", *Critical Inquiry*, vol. 31, Nº 1, The Univeristy of Chicago Press.
Ferraris, M. (2008), *¿Dónde estás? Ontología del teléfono móvil,* Barcelona, Marbot.
Ginzburg, C. (1994), *Mitos, emblemas e indicios,* Barcelona, Gedisa, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales".
Goffman, E. (1970), *Ritual de interacción,* Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
—— (2006), *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia,* Madrid, Siglo XXI editores, CIS.
Kiousis, S. (2002), "Interactivity: a concept explication", *New Media & Society*, vol. 4, Nº 3, Londres, Thousand Oaks y Nueva Delhi, SAGE.
Lash, S. (2005), *Crítica de la información,* Buenos Aires, Amorrortu.
Luhmann, N. (1982), "Interaction, Organization, and Society", *The Differentiation of Society,* Nueva York, Columbia University Press.
—— (1990), "Modes of Communication and Society", *Essays on Self-Reference,* Nueva York, Columbia University Press.
—— (1994), "La diferenciación evolutiva entre sociedad e interacción", en Alexander, J. *et al.*, *El vínculo micro-macro*, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara-Gamma Editorial
—— (2000), *La realidad de los medios de masas,* Barcelona, Anthropos; México, Universidad Iberoamericana.
—— (2002), "La forma escritura", *Estudios Sociológicos*, vol. XX, Nº 58, México, El Colegio de México.
—— (2007), *La sociedad de la sociedad,* México, Herder-Universidad Iberoamericana.
McLuhan, M. (1969), *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, México, Diana.
Ong, W. (1967), *The Presence of the Word. Some Prolegomena for Cultural and Religious History,* New Haven, Londres, Yale University Press.
—— (1977), *Interfaces of the Word. Studies in the Evolution of Consciousness and Culture,* Ithaca, Londres, Cornell University Press.
—— (1987), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra,* México, Fondo de Cultura Económica.
Rafaeli, S. (1988), "Interactivity: From New Media to Communication", en Hawkings, R. P., J. M. Wieman y S. Pingree, *Advancing Communication Science: Merging Mass and Interpersonal Processes*, Newbury Park, SAGE.
Richards, R. (2006), "Users, interactivity and generation", *New Media & Society*, vol. 8, Nº 4, London, Thousand Oaks y Nueva Delhi, SAGE.
Scolari, C. (2004), *Hacer clic. Hacia una sociosemiótica de las interacciones digitales,* Barcelona, Gedisa.
Stiegler, B. (2003a), *La técnica y el tiempo. 1. El pecado de Epimeteo,* Hondarribia, Hiru.
—— (2003b), *La técnica y el tiempo. 2. La desorientación,* Hondarribia, Hiru.
—— (2004), *La técnica y el tiempo. 3. El tiempo del cine y la cuestión del malestar,* Hondarribia, Hiru.

Stromer-Galley, J. (2004), "Interactivity-as-Product and Interactivity-as-Process", *The Information Society*, vol. 20, Nº 5, Taylor & Francis Inc.
Thompson, J. B. (1998), *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona, Paidós.
—— (2002), *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

(Recibido el 12 de febrero de 2013.)
(Evaluado el 1 de marzo de 2013.)

Autor

Federico Gobato es maestro en Ciencias Sociales (Flacso, México), docente e investigador en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes. Investiga sobre los problemas asociados a la relación entre sociedad, comunicación y tecnología, desde las perspectivas de la sociología cultural y la teoría de sistemas.
Publicaciones recientes:
— "Los giros del helicoide. Avatares en la construcción de un tema y un problema de investigación", en Cortés, F. et al. (coords.), *El helicoide de la investigación: metodología en Tesis de Ciencias Sociales*, México, Flacso México, 2012
—"Interfaces artefactuales, cuerpo e interacción", en Méndez, J. L. y A. Torrentera (coords.), *Filosofía y antropología: interconexiones*, México, CIESAS, Jitanjáfora, (en prensa).

Cómo citar este artículo

Gobato, Federico, "La interacción social en la comunicación contemporánea", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, Nº 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 49-69, edición digital. En línea: <http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>.